

EL PROTOZAPOTECO

María Teresa Fernández de Miranda

edición a cargo de
Michael J. Piper y Doris A. Bartholomew



EL COLEGIO DE MÉXICO
INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA
E HISTORIA

ÍNDICE

Cuadros generales	xi
Símbolos y abreviaturas	xiii
Presentación congratulatoria	xvii
Prefacio	xxv
1 Introducción	xxv
2 La aportación de la maestra Fernández a la lingüística en México	xxv
3 La importancia de <i>El protozapoteco</i>	xxvi
4 Principios de edición	xxviii
5 Comentarios personales	xxx
Prólogo	xxxiii
I. Consideraciones preliminares	1
1 Introducción	1
2 Clasificaciones	1
3 Materiales	4
4 Sistemas fonémicos actuales	5
4.1 Consonantes	6
4.2 Vocales	11
4.3 Acento	14
4.4 Tono	15
II. Características del protozapoteco	17
1 El patrón silábico de las reconstrucciones	17
2 Formas alternantes que figuran en la reconstrucción	17
3 El sistema fonémico del PZ	18
III. La evolución de las consonantes	23

1 Obstruyentes	27
1.1 La evolución de *p	27
1.2 La evolución de *b	28
1.3 La evolución de *t	29
1.4 La evolución de *d	30
1.5 La evolución de *ʔ	31
1.6 La evolución de *ʒ	32
1.7 La evolución de *č	33
1.8 La evolución de *k	34
1.9 La evolución de *g	35
1.10 La evolución de *k ^w	39
1.11 La evolución de *s	40
1.12 La evolución de *z	41
1.13 La evolución de *š	42
1.14 La evolución de *ž	42
2 Sonantes	43
2.1 La evolución de *m	43
2.2 La evolución de *N	44
2.3 La evolución de *n	45
2.4 La evolución de *L	46
2.5 La evolución de *l	47
2.6 La evolución de *r	47
2.7 La evolución de *R	49
2.8 La evolución de *w	50
2.9 La evolución de *y	51
IV. La evolución de las vocales	53
1 Vocales en sílabas tónicas	53
1.1 La evolución de *i tónica	56
1.2 La evolución de *e tónica	59
1.3 La evolución de *a tónica	65
1.4 La evolución de *o tónica	70
1.5 La evolución de *u tónica	73
1.6 La evolución de *i̇	75
1.7 La evolución de *ė	76
1.8 La evolución de *ȧ	77
1.9 La evolución de *ȯ	77
1.10 La evolución de *u̇	78
2 Vocales en sílabas pretónicas	78
2.1 La evolución de *i̇ pretónica	80
2.2 La evolución de *ė pretónica	82
2.3 La evolución de *ȧ pretónica	83

2.4 La evolución de *u pretónica	84
3 Vocales en sílabas postónicas	85
3.1 La evolución de *i postónica	87
3.2 La evolución de *e postónica	89
3.3 La evolución de *a postónica	90
3.4 La evolución de *u postónica	92
4 La reconstrucción y la evolución de *-RV	94
V. La evolución de la oclusiva glotal	97
1 La evolución de *ʔ en 'CVʔV# (grupo 1)	99
2 La evolución de *ʔ en 'CVʔ# (grupo 2)	101
3 La evolución de *ʔ en 'CVʔ(V)CVʔ (grupo 3)	102
3.1 Rama septentrional	103
3.2 Rama central	104
3.3 Rama meridional	105
4 La evolución de *ʔ en 'CVʔ(V)CVʔ (grupo 4)	107
Apéndice A. La evolución de los sistemas consonánticos de cada idioma descendiente	111
1 La evolución de las consonantes de A	112
2 La evolución de las consonantes de R	114
3 La evolución de las consonantes de VA	116
4 La evolución de las consonantes de M	118
5 La evolución de las consonantes de I	120
6 La evolución de las consonantes de Cu	122
7 La evolución de las consonantes de Co	124
Apéndice B. La evolución de los sistemas vocálicos de cada idioma descendiente	127
1 La evolución de las vocales de A en sílaba tónica	129
2 La evolución de las vocales de R en sílaba tónica	130
3 La evolución de las vocales de VA en sílaba tónica	131
4 La evolución de las vocales de M en sílaba tónica	132
5 La evolución de las vocales de I en sílaba tónica	134
6 La evolución de las vocales de Cu en sílaba tónica	135
7 La evolución de las vocales de Co en sílaba tónica	137
8 La evolución de las vocales de A en sílaba pretónica	138
9 La evolución de las vocales de R en sílaba pretónica	139
10 La evolución de las vocales de VA en sílaba pretónica	140
11 La evolución de las vocales de M en sílaba pretónica	141
12 La evolución de las vocales de I en sílaba pretónica	142
13 La evolución de las vocales de Cu en sílaba pretónica	142

14 La evolución de las vocales de Co en sílaba pretónica . . .	143
15 La evolución de las vocales de A en sílaba postónica . . .	143
16 La evolución de las vocales de R en sílaba postónica . . .	144
17 La evolución de las vocales de VA en sílaba postónica . . .	145
18 La evolución de las vocales de M en sílaba postónica . . .	146
19 La evolución de las vocales de I en sílaba postónica . . .	146
20 La evolución de las vocales de Cu en sílaba postónica . . .	147
21 La evolución de las vocales de Co en sílaba postónica . . .	147
Apéndice C. Los conjuntos de cognadas	149
1 La estructura de los conjuntos	151
2 Los conjuntos de cognadas	152
Apéndice D. Las formas reconstruidas para el protozapoteco . . .	189
Bibliografía	215
1 Referencias generales	215
2 Bibliografía adicional de María Teresa Fernández de Miranda	221
3 Recientes estudios comparativos o lexicográficos sobre las lenguas zapotecas estudiadas en este libro	222

PRESENTACIÓN CONGRATULATORIA

Me felicito de que por fin —tras casi treinta años de espera— vea la luz de la imprenta este excelente trabajo de María Teresa Fernández de Miranda, y congratulo por este hecho a los lingüistas y a la lingüística mexicanos.

Mas adelante el Sr. Michael J. Piper explica puntualmente la importancia de la obra cuyo arreglo para la edición tuvo el valor de echarse a cuestras. Quisiera sin embargo, dado el trato que tuve con la autora y con este trabajo suyo, compartir con los lectores los sentimientos que en mí despierta la aparición de la obra y comentar sobre sus aconteceres.

Cuando me inscribí en la Escuela Nacional de Antropología e Historia en el ya remoto año de 1955, solamente se había recibido en la carrera de lingüística María Teresa Fernández de Miranda. Lo supe porque en ese tiempo el Anuario de la ENAH podía publicar los nombres de todos los egresados hasta ese momento. No disfruté entonces de sus clases. Me enteré en ese tiempo de que su ausencia del edificio del Museo Nacional de Antropología —donde funcionaba la ENAH y donde también estaba el laboratorio de sonido que ella había dirigido— se debía a que sufría la enfermedad que le impedía salir a la luz del sol.

Un año después, aún sin conocerla personalmente, tropecé con muchas huellas de su trabajo, pues comencé a trabajar en el INAH y se me encargó el laboratorio de sonido que había donado al museo la Fundación Viking. Ahí había planes de trabajo, grabaciones sin clasificar de lenguas indígenas y de música étnica, informes de trabajos de campo, una pequeña biblioteca y anotaciones que María Teresa Fernández había hecho sobre asuntos administrativos, de investigación y de docencia. Con todo esto tuve que ver porque el director del Museo —el doctor Eusebio Dávalos Hurtado— con una confianza rayana en la inocencia simple y sencillamente me entregó las llaves del laboratorio “a ver qué podía hacer”. Lo que haya hecho o dejado de hacer no importan, importa que así, sin haberla visto, conocí más y más de María Teresa, en aspectos que revelan más de

su personalidad que las clases formales o el trato profesional (del que entonces yo no era capaz, desde luego).

Todos los maestros de materias lingüísticas nos hablaban de María Teresa Fernández de Miranda, tanto quienes eran miembros del Instituto Lingüístico de Verano (a quienes ella ayudaba a preparar sus clases, sobre todo buscando los equivalentes adecuados en español de los términos que ellos manejaban en inglés) cuanto, un poco más tarde, Mauricio Swadesh y el ingeniero Roberto J. Weitlaner, así como algunos otros profesores que habían sido compañeros suyos de estudios pero que siguieron carreras distintas, como Fernando Cámara o Arturo Romano.

Por fin la conocí. En 1957 fue una de las ponentes en la “Primera Semana Lingüística de la Academia Mexicana de la Historia”, debida al empeño de Mauricio Swadesh (sobra decir que ésta fue la primera y también la última semana lingüística). Participaron en ella todos —o casi todos— los lingüistas que por entonces estaban en México, nacionales y extranjeros, y los estudiantes como simples colaboradores, para aprender mucho. María Teresa se arriesgó a salir de casa al amparo de las sombras de la tarde (bien me acuerdo que le buscamos un horario que le permitiera asistir). Fue un gran gusto ver y tratar a quien había llegado a estimar y admirar por intermedio de mis maestros y de documentos, que la primera de las dos únicas personas tituladas como lingüistas en México¹ y que, pese a los obstáculos que su enfermedad le ponía, seguía investigando. ¿No merecía alguien así admiración y estima?

Al siguiente año escolar María Teresa Fernández retomó parte de las actividades docentes que había tenido que dejar. El grupo (en el que estábamos Roberto Escalante, Juan José Rendón, Thomas Stanford y yo) acudía a su casa para tomar el curso de “Lenguas tonales”, asunto que ella conocía bien por sus investigaciones sobre las lenguas mazateco-popolocas.² Tomábamos las clases en torno a la mesa del comedor, más alejada que la sala de las ventanas, que de todos modos permanecían con las persianas bajas y entrecerradas.

Si asistíamos a clase una vez por la semana, yo iba uno o dos días más, pues comencé a colaborar con ella. Participé en algunas de las traducciones que hacía (no todas ellas se publicaron), le entregué mis notas sobre topónimos chochos para formar parte del artículo que escribió en el libro

¹ Evangelina Arana se había titulado a principios de año —si no me equivoco— y presentó en esa Semana Lingüística el panorama de las lenguas mixtecas que había sido su tesis. Moisés Romero sustentó examen profesional a fines de 1957, después de esa reunión.

² Recuérdese que su tesis profesional fue *La fonémica del ixcateco*. La bibliografía de ella al final de este volumen da cuenta de sus otros trabajos sobre este grupo lingüístico.

dedicado a Townsend, y la ayudé en algunas otras tareas (revisar listas, elaborar fichas, localizar materiales o referencias, y así por el estilo). El trato frecuente me hizo conocer a una persona no sólo inteligente, preparada y empeñosa, sino igualmente educada, afable y de carácter alegre y aun bromista.

Poco a poco dejé de frecuentarla porque apenas tenía tiempo para cumplir mis obligaciones con el INAH —que se había mudado a Córdoba 45— y los estudios en la ENAH, aún en las calles de Moneda. Más adelante me tocó el turno de elaborar la tesis, y luego estuve año y medio en Paraguay, así que perdimos todo trato directo que, desafortunadamente, no se reanudó más. Su enfermedad progresaba; ya cuando trabajé con ella había veces en que me dejaba haciendo algo mientras ella se retiraba media hora o una hora entera a descansar de la enorme fatiga que la acosaba y que ahora era más frecuente y más intensa, según supe por amigos comunes. Sobreponiéndose, María Teresa había emprendido una tarea colosal, la reconstrucción del protozapoteco, que habría de presentar como tesis de doctorado.

Comenzó requiriendo largas listas de amigos suyos del Instituto Lingüístico de Verano que trabajaban con variantes del zapoteco. A partir de ellas preparó fichas de juegos de aparentes cognadas y estableció las correspondencias regulares que la llevaron a un primer intento de reconstrucción. Siempre que en el proceso de trabajo surgieron dudas, consultó a quienes le habían proporcionado los materiales, a veces en persona —quienes estaban en la ciudad de México o pasaban por ella y la visitaban— muchas otras por correspondencia. No es el caso entrar en detalles que el señor Piper explica con cuidado. Solamente pido al lector que se haga idea de la gran cantidad de trabajo que debe ponerse en esta clase de estudios, de la forma en que ese trabajo se complica y alarga si las consultas deben hacerse no pocas veces por correspondencia, y de que María Teresa Fernández hizo todo eso cada vez más aquejada por su ya larga enfermedad. Es de verdad una pena que no haya podido terminarlo por completo, si bien había avanzado ya en su redacción.

Éramos varios quienes sabíamos de este trabajo de María Teresa. Algunos lo habían visto en diferentes etapas de su avance al pedirles ella comentarios o aclaraciones, otros nada más teníamos noticia de que lo estaba haciendo y nos regocijábamos con la idea de que pronto obtendría el doctorado y poco después dispondríamos de una sólida reconstrucción del protozapoteco. Hubo, por último, quienes habían recibido de María Teresa el encargo de dar fin a su obra en caso de que ella no lo lograra.

La doctora Doris A. Bartholomew me llevó, hace muchos años, un ejemplar del manuscrito pidiéndome continuar su revisión. Ya había

hecho ella mucho para cumplir la petición de María Teresa Fernández de Miranda; respetuosa del trabajo de su amiga y colega indicaba expresamente cuáles de los cuadros no habían sido compilados por la autora, sino por ella. Aparentemente también había puesto por escrito algunas cosas que la autora solamente tenía en notas, pues aquí y allá la redacción delataba que no era hablante nativa del español la persona que así escribía.

Creí que no era muy difícil —laborioso sí— poner en buen castellano lo que hubiera que corregir, pero al intentarlo me dí cuenta de que a menudo era difícil discernir dónde terminaba lo escrito por María Teresa y comenzaba lo que con todo derecho y justicia había redactado Doris a la luz del manuscrito en conjunto, y no porque ella no hubiera intentado escrupulosamente distinguirlo mediante notas marcadas con sus siglas,³ sino que a veces era el desarrollo de una idea que no merecía nota aparte pero que daba la impresión —a mí, por lo menos— de que había surgido de dos cabezas. ¿Qué hacer entonces? ¿Agregar en cada caso de estos una nota más (ahora con mis siglas) discutiendo el punto? ¿No se complicaría así enormemente la lectura? Además, ¿sabía de seguro qué era lo que habían hecho autora y revisora? Tratando de salir de ese embrollo, recurrí a los juegos de cognadas, cotejé lo dicho en una parte con lo dicho en otra, y así me fui empantanando en tremedales que en vez de reducirse crecían y se complicaban.

Había al parecer por lo menos otra copia. En ella, el doctor Jorge A. Suárez agregó cognadas del chatino que no tenía el ejemplar con el que me tocó trabajar. Suárez empleó el manuscrito —dándole el debido crédito, por supuesto— como también lo usaron, con reconocimiento similar, algunos investigadores del Departamento de Lingüística y de otros centros. De esta manera, su existencia vino a ser del dominio común, por lo menos entre los lingüistas, pero obra de tanto valor seguía en los archivos, sin que se conociera más que parcialmente y por referencia, frustrando sin querer el deseo de María Teresa.

No puedo menos que alegrarme de que Michael J. Piper se haya por fin echado a cuestras el enorme trabajo de arreglar para su edición esta obra que María Teresa Fernández de Miranda no pudo concluir. Da cuenta de la magnitud de la tarea el que haya pasado por las manos de

³ Con igual cuidado señaló las observaciones de Eric P. Hamp —entiendo que era el director de tesis— que pudo identificar como tales. Es probable que otras hayan sido incorporadas por María Teresa Fernández de Miranda en su trabajo, como debía hacerlo. Las pocas notas de Hamp que subsisten, atinentes como son, parecen algo cojas porque les falta el contexto más amplio de la discusión con la autora.